

Índice

Hace veinte años:	
Introducción a <i>El mundo según Garp</i>	7
El Boston Mercy	17
Sangre y azul	51
Lo que quería ser cuando fuera mayor	91
La graduación	115
En la ciudad donde murió Marco Aurelio	143
La pensión Grillparzer	187
Más lujuria	213
Segundos hijos, segundas novelas, segundo amor	247
El eterno marido	275
El perro en el callejón, el niño en el cielo	299
La señora Ralph	317
Le ocurre a Helen	343
Walt está resfriado	379
El mundo según Marco Aurelio	421
El mundo según Bensenhaver	449
El primer asesinato	493
El primer funeral feminista y otros funerales	545
Costumbres del Sapo Sumergido	583
La vida después de Garp	633



Hace veinte años Introducción a *El mundo según Garp*

Mi hijo mayor, Colin, que tiene ahora treinta y tres años, era un niño de doce la primera vez que leyó *El mundo según Garp*, en manuscrito, mientras yo aguardaba con ansiedad su reacción. (Sigo pensando que hay en el libro escenas inadecuadas para lectores de doce años.) Aunque había escrito tres novelas con anterioridad, *Garp* era la primera que Colin podía leer, y recuerdo que me sentía orgulloso y, al mismo tiempo, nervioso ante la perspectiva de que uno de mis hijos me juzgara. Había dedicado el libro a Colin y a su hermano menor, Brendan, y eso hacía que la situación fuese aún más tensa y emocionante.

Sin duda todo el mundo conoce los dos interrogantes que se le plantean con más frecuencia a cualquier novelista: ¿de qué trata su libro?, ¿es autobiográfico? Estas preguntas y sus respuestas nunca han tenido para mí excesivo interés (si la novela es buena, tanto las preguntas como las respuestas son irrelevantes), pero mientras mi hijo de doce años leía *El mundo según Garp*, yo preveía que ésas eran precisamente las preguntas que iba a hacerme, y reflexioné sobre lo que podría decirle.

Ahora, al cabo de veinte años y tras haber escrito nueve novelas, creo que nunca he reflexionado tanto sobre mis respuestas a esas preguntas irrelevantes como cuando Colin leía *Garp*. Lo que quiero decir, por supuesto, es que resulta del todo comprensible y es sin lugar a dudas lícito que un muchacho de doce años plantee tales preguntas, mientras que, a mi modo de ver, un adulto no tiene por qué formularlas. En mi opinión, el adulto

que lee una novela debe saber de qué trata el libro, como también debe saber que el hecho de que una novela sea o no autobiográfica carece de importancia, a menos que el presunto adulto sea ingenuo en exceso o desconozca por completo los caminos de la ficción narrativa.

Sea como fuere, mientras Colin estaba en su habitación, leyendo el manuscrito de *Garp*, yo me preguntaba angustiado de qué trataba la novela. Para mi horror, y lleno de aborrecimiento hacia mí mismo, me apresuré a concluir que el tema del libro era el de las tentaciones de la lujuria, la cual conduce a todo el mundo a un fin desdichado. Por si eso no bastara, incluso hay un capítulo titulado «Más lujuria». Estaba verdaderamente avergonzado de la cantidad de lujuria que contiene el libro, por no hablar de lo punitiva que consideraba la obra. Efectivamente, cada personaje de la novela que se abandona a su lujuria recibe un severo castigo. Y, entre los culpables y las víctimas, abundan las mutilaciones físicas: los personajes pierden ojos, brazos, lenguas..., ¡alguno incluso el pene!

En un momento determinado, cuando empezaba a escribir el libro, me pareció que la polarización de los sexos era un tema dominante. El relato trataba de unos hombres y mujeres cada vez más desunidos. No hay más que examinar el argumento: una mujer notable aunque sin pelos en la lengua (Jenny Fields, la madre de Garp) muere a manos de un varón lunático que odia a las mujeres, y al mismo Garp le asesina una mujer lunática que odia a los hombres. «En este mundo de cochina mentalidad», piensa Jenny, «eres la esposa de alguien o la puta de alguien; o vas camino de convertirte en una de las dos cosas. Si no encajas en ninguna de las dos categorías, todo el mundo trata de hacerte creer que algo te pasa.» Pero a la madre de Garp no le pasa nada. Jenny escribe en su autobiografía: «Quería trabajar y vivir sola. Eso me convirtió en sexualmente sospechosa. Después deseé un hijo, pero sin que para ello tuviera que compar-

tir mi cuerpo ni mi vida. También eso me convirtió en sexualmente sospechosa». Y ser lo que ella llama «sexualmente sospechosa» también hace de Jenny un blanco del odio antifeminista: al igual que Garp, su hijo, llega a ser un blanco de las feministas radicales.

Pero el principal aspecto de la madre de Garp se manifiesta en el primer capítulo: «Jenny Fields descubrió que suscita más respeto escandalizar a la gente que tratar de vivir la propia vida con un poco de intimidad». Hoy, veinte años después, el descubrimiento de Jenny parece más cierto, por no decir más defendible, de lo que me parecía en 1978. Y no siempre estoy de acuerdo con Jenny. «Entre los hombres y las mujeres lo único que se comparte por igual es la muerte», dice en cierto momento. Más adelante, en el último capítulo, muestro mi desacuerdo con ella de la siguiente manera: «entre los hombres y las mujeres ni siquiera la muerte se comparte equitativamente. Los hombres también mueren más».

Hubo un momento en que Jenny amenazaba con llegar a dominar la novela, cuando no estaba en absoluto seguro de si el protagonista era Garp o su madre. He conservado parte de esa indecisión. Cierta vez quise iniciar el libro por el capítulo 11 («La señora Ralph»), pero eso habría requerido un *flashback* de más de doscientas páginas. A continuación intenté iniciar la novela por el capítulo 9, el titulado «El eterno marido». La primera frase decía: «En las páginas amarillas del listín telefónico de Garp, Matrimonio figuraba cerca de Maderas». Creía entonces que la novela trataba del matrimonio, en concreto de los peligros del matrimonio y, de una manera todavía más concreta, de la amenaza que la lujuria constituye para el matrimonio. Escribí: «Garp nunca se había dado cuenta de que había más consejeros matrimoniales que almacenes de madera». (¿Es de extrañar mi inquietud por que un muchacho de doce años leyera aquel libro?)

Y en otra ocasión *El mundo según Garp* empezaba por el ter-

cer capítulo («Lo que quería ser cuando fuera mayor»), pues ¿no trata también de eso la novela? Garp quiere ser escritor, la novela trata de un novelista, aunque casi ninguno de sus lectores recuerda que sea así. No obstante, los orígenes de Garp como escritor son esenciales en el relato: «el principio del codiciado trance del escritor, en que el mundo entero cae bajo un solo tono de voz que lo abarca». Y desde el principio había un epílogo. Sabía todo lo que iba a suceder antes de que ocurriera, como siempre me sucede. Garp escribe: «Un epílogo es más que un recuento de cadáveres. Un epílogo, bajo el disfraz de envoltura del pasado, es, en realidad, una forma de advertirnos acerca del futuro».

Pero comenzar la novela como lo intenté cierta vez, por el tercer capítulo, era demasiado histórico y distante desde el punto de vista emocional. «En 1781, la viuda y los hijos de Everett Steering fundaron la Steering Academy —como se llamó en los comienzos—, porque Everett Steering había anunciado a su familia, mientras trinchaba su último ganso navideño, que la única decepción que le había causado su ciudad era que no había proporcionado a sus hijos una academia capaz de prepararlos para una educación superior. No mencionó a sus hijas.» Una vez más el tema de la polarización sexual... ¡ya en 1781!

Entretanto, en la intimidad de su habitación, Colin leía sin cesar. *El mundo según Garp* nunca habría satisfecho a un niño de doce años si sólo hubiera sido una novela sobre un novelista, aunque gran parte de lo que me importaba del libro era exactamente eso. Siempre veré a Garp merodeando de noche por su barrio y mirando con malos ojos los televisores de los vecinos. «Se percibe el débil y contenido gorjeo de algunos televisores sintonizados en *The Late Show*, y el resplandor gris azulado de las pantallas palpita en varias casas. A Garp, ese resplandor le parece un cáncer insidioso y estremecedor que anestesia al mundo. Tal vez la televisión produce cáncer, piensa Garp; pero su

verdadera intransigencia es la de un escritor: sabe que, donde un televisor está encendido, hay alguien que no está leyendo.»

¿Y qué decir del Sapo Sumergido? Colin conocía su origen. Fue su hermano Brendan quien le malinterpretó un verano, en la playa de Long Island. «Ten cuidado con la corriente submarina [*undertow*], Brendan», le advirtió Colin, entonces con sólo diez años de edad (y Brendan seis). El pequeño nunca había oído hablar de la corriente submarina y creyó que Colin le había dicho «el sapo sumergido» [*under toad*]. En algún lugar, bajo el agua, acechaba un sapo peligroso.

—¿Qué puede hacerte? —le preguntó Brendan a su hermano.

—Puede tirar de ti hacia abajo y llevarte mar adentro —respondió Colin.

Eso acabó con la playa para Brendan, que ya no quería acercarse al mar. Al cabo de unas semanas le vi a cierta distancia de la orilla, contemplando las olas.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Estoy buscando al sapo sumergido —dijo Brendan—. ¿Es muy grande? ¿De qué color? ¿Nada muy rápido?

El mundo según Garp no existiría sin el Sapo Sumergido.

Me llevé una sorpresa cuando Colin no me preguntó de qué iba el libro, sino que me lo dijo él.

—Creo que trata del miedo a la muerte —empezó a decirme—. Quizá más exactamente el miedo a la muerte de los niños, o de alguien a quien quieres.

Entonces recordé que, entre mis otros intentos de escribir la novela, tiempo atrás había comenzado con la que sería la última frase («... en el mundo, según Garp, todos somos casos perdidos»), y recordé que esa frase había avanzado a lo largo del libro, que yo no había dejado de arrastrarla. En cierta ocasión fue la primera frase del segundo capítulo, más adelante fue la última frase del décimo, y así sucesivamente, hasta que se convirtió en el final de la novela, el único final posible. No es de ex-

trañar que Garp describa al novelista como «un médico que sólo ve casos terminales».

No obstante, Colin, mi hijo de doce años, me sorprendió al decirme de qué trataba mi libro. El capítulo de «La señora Ralph», mi primer comienzo falso, que es ahora el capítulo 11, empieza así: «Si a Garp le hubieran concedido un deseo simple e inmenso, habría escogido el de poder convertir el mundo en un lugar seguro. Tanto para los niños como para los adultos. El mundo impresionaba a Garp como innecesariamente peligroso para ambos». Colin, a sus doce años, se había identificado con eso. Garp vive en «un barrio seguro de una ciudad pequeña y segura», pero ni él ni sus hijos están a salvo. Al final el sapo sumergido se apoderará de él, como se apodera de su madre y de su hijo pequeño. «Ten cuidado», les dice siempre Garp a sus hijos, como yo todavía se lo digo a los míos.

La novela trata del cuidado que uno tiene, y de que eso no basta.

El verdadero comienzo del libro, el que por fin elegí, describe la costumbre que tiene Jenny de llevar un escalpelo en el bolso. Jenny es enfermera, está soltera y no quiere tener tratos con los hombres. Lleva el escalpelo para su defensa personal. Y así *El mundo según Garp* empieza con un acto de violencia: Jenny hiere a un soldado, un desconocido que le mete la mano bajo el vestido (su uniforme de enfermera). «Jenny Fields, la madre de Garp, fue arrestada en Boston en 1942, por herir a un hombre en un cine.» Finalmente fue así de sencillo, y empecé por el comienzo del relato principal, antes de que Jenny esté embarazada, con Garp en su vientre, el momento en que decide que quiere ser madre sin tener marido.

Es interesante que Colin nunca me preguntara si la novela era autobiográfica, pero un año después de que se publicara *El mundo según Garp* visité la Northfield Mount Hermon School, una escuela secundaria privada de Massachusetts. Me habían in-

vitado a una lectura de mis textos ante los alumnos, y acepté la invitación porque recientemente habían admitido a Colin en el centro, donde estudiaría el próximo curso escolar, y pensé que así mi hijo tendría oportunidad de ver el lugar y conocer a algunos de los chicos y chicas que pronto serían sus compañeros de clase. Así pues, Colin acudió conmigo a la lectura, tras la cual el público planteó algunas preguntas. (Se les había anunciado que Colin asistiría a la Northfield Mount Hermon School en otoño, y ya había sido presentado a todo el mundo.) Inesperadamente, una joven muy bonita formuló una pregunta... no a mí, sino a Colin.

—¿Garp es tu padre? —quiso saber.

¡Pobre Colin! Debía de sentirse azorado pero, a juzgar por su semblante imperturbable, nadie lo habría dicho. Era algo más joven que los alumnos reunidos, pero de improviso me pareció mucho mayor y más circunspecto que la mayoría de ellos. Además, era un experto en *El mundo según Garp*.

—No, mi padre no es Garp —respondió—, pero los temores de mi padre son los de Garp..., son los temores de cualquier padre.

(Por entonces Colin no había cumplido todavía los quince años.)

De modo que de eso trata *El mundo según Garp*, de los temores de un padre, y en ese aspecto la novela es y no es autobiográfica. Basta con preguntárselo a Colin o a Brendan o, dentro de unos años, cuando sea lo bastante mayor para leer, al más pequeño de mis hijos, Everett, que ahora tiene seis años.

Escribí esta novela hace veinte años, pero casi a diario vuelvo a los temores que refleja. Casi el más nimio detalle de *El mundo según Garp* es una expresión de temor. Incluso el curioso hoyuelo en el rostro de la prostituta vienesa es también expresión del temor más terrible. «El hoyuelo plateado de su frente era casi tan grande como su boca y a Garp le recordó una pequeña tumba abierta.» La tumba de un niño...

Cuando se publicó *Garp*, me escribieron personas que, según afirmaban en sus cartas, habían perdido hijos. Les confesé que ése no había sido mi caso, que sólo era un padre con una buena imaginación. En mi imaginación, pierdo a mis hijos todos los días.

John Irving
Mayo de 1998

Para Colin y Brendan



El Boston Mercy

Jenny Fields, la madre de Garp, fue arrestada en Boston en 1942, por herir a un hombre en un cine. El hecho ocurrió poco después del bombardeo japonés a Pearl Harbor. Entonces la gente se mostraba tolerante con los soldados, porque, de pronto, todos eran soldados, pero Jenny Fields seguía firme en su intolerancia respecto al comportamiento de los hombres en general y de los soldados en particular. En el cine tuvo que cambiar tres veces de asiento, pero en todas las ocasiones el soldado volvió a acercarse a ella, hasta que quedó sentada contra la mohosa pared, detrás de una columna tonta que apenas le permitía ver el noticiario, y decidió que no volvería a levantarse y cambiar de sitio. El soldado apareció a su lado una vez más.

Jenny tenía veintidós años. Había abandonado la facultad casi en los comienzos, pero había concluido su plan de estudios de enfermera como primera de su clase. Le gustaba ser enfermera. Era una joven de aspecto deportivo, con las mejillas siempre sonrosadas; tenía el pelo liso y oscuro, y lo que su madre llamaba una forma de caminar masculina (balanceaba los brazos); su trasero y sus caderas eran tan esbeltos y firmes que, de espaldas, parecía un muchacho. Jenny opinaba que sus pechos eran demasiado generosos; pensaba que la ostentación de su busto la hacía parecer «barata y fácil».

No era nada de eso. De hecho, había dejado la facultad cuando sospechó que el propósito fundamental de sus padres al enviarla a Wellesley había consistido en que saliera con un hom-

bre de buena cuna y finalmente se uniera a él. La recomendación de Wellesley provenía de sus hermanos mayores, que habían asegurado a sus padres que a las mujeres de Wellesley no se las consideraba disolutas sino muy aptas para el matrimonio. Jenny sentía que su educación era sólo una forma correcta de esperar el momento propicio, como si en realidad fuera una vaca a la que sólo preparaban para introducirle el artilugio de la inseminación artificial.

Eigió como asignatura principal la literatura inglesa, pero cuando comprendió que sus condiscípulas estaban principalmente interesadas en adquirir el refinamiento y aplomo necesarios para tratar con los hombres, no tuvo reparo en sustituir la literatura por la enfermería. Consideraba que la enfermería era algo que podía practicarse de inmediato y su estudio no contenía motivaciones ocultas (posteriormente escribió, en su famosa autobiografía, que demasiadas enfermeras se exhiben delante de demasiados médicos, pero entonces sus tiempos de enfermera habían quedado atrás).

Le gustaba el uniforme sencillo y sin adornos superfluos; la blusa disimulaba sus grandes pechos; los zapatos eran cómodos y adecuados para su rápido andar. Cuando ocupaba el escritorio nocturno, podía leer. No añoraba a los jóvenes universitarios, que se mostraban malhumorados y decepcionados si no cedías, y superiores y fríos si cedías. En el hospital conoció a más soldados y trabajadores que a universitarios, y resultaron ser más francos y menos pretenciosos en sus expectativas; si cedías un poco, parecían al menos lo bastante agradecidos para querer verte otra vez. Luego, repentinamente, todos fueron soldados —que se daban la misma importancia que los universitarios—, y Jenny Fields dejó de relacionarse con los hombres.

«Mi madre», escribió Garp, «era una loba solitaria.»

La fortuna de la familia Fields se asentaba en el calzado, aunque la señora Fields —de soltera Weeks, de Boston— había aportado algo de dinero propio al matrimonio. A la familia Fields le había ido lo bastante bien con el calzado para apartarse, años atrás, de las fábricas. Vivían en una amplia casona con tejado de tablones junto a la playa de New Hampshire, en Dog's Head Harbor. Jenny iba a su casa los días y las noches libres, principalmente para complacer a su madre y para convencer a la gran dama de que, aunque «su vida de enfermera la estaba desplazando a los suburbios», como decía su madre, no había adoptado hábitos barriobajeros en su lenguaje ni en su comportamiento.

Con frecuencia Jenny se encontraba con sus hermanos en la North Station y viajaba con ellos en el tren. Como correspondía a todos los miembros de la familia Fields, se sentaban en el lado derecho del tren Boston-Maine cuando éste salía de Boston, y en el lado izquierdo en el viaje de retorno. Esto satisfacía los deseos del señor Fields, que reconocía que, por ese lado, el paisaje era desagradable, pero consideraba que todos los Fields tenían la obligación de afrontar la mugrienta fuente de su independencia y de su alto nivel de vida. A la derecha del tren viniendo de Boston, y a la izquierda al volver, se veía la salida principal de la Fábrica Fields de Haverhill, y el inmenso cartel con un enorme zapato que con paso firme parecía aplastar a quien lo contemplaba. El cartel dominaba el espacio que rodeaba la vía del ferrocarril y se reflejaba en incontables miniaturas en las ventanas de la fábrica. Debajo del amenazador pie que avanzaba, figuraban las siguientes palabras:

¡FIELDS PARA SUS PIES
EN LAS FÁBRICAS
O EN LOS CAMPOS!*

* *Fields* significa, literalmente, «campos». (N. de la T.)

Había una línea Fields de calzados para enfermeras y el señor Fields le regalaba un par a su hija cada vez que ésta iba a su casa; Jenny debía de tener guardados, como mínimo, una docena. La señora Fields, que insistía en equiparar la salida de su hija de Wellesley con un futuro sórdido, también le hacía un regalo a Jenny siempre que ésta iba a su casa. La señora Fields regalaba a su hija una bolsa de agua caliente, o eso decía... y eso suponía Jenny: jamás abrió los paquetes. Su madre decía:

—¿Todavía tienes aquella bolsa de agua caliente que te regalé, querida?

Jenny reflexionaba un minuto, pensaba que la había olvidado en el tren o arrojado a la basura y respondía:

—Quizá la haya perdido, mamá, pero estoy segura de que no necesito otra.

La señora Fields sacaba un paquete de su escondite y lo ponía entre las manos de su hija, todavía envuelto en el papel de la farmacia y le aconsejaba:

—Por favor, Jennifer, tienes que cuidarte. Y úsala, por favor.

Dada su condición de enfermera, Jenny concedía muy poca utilidad a la bolsa de agua caliente; suponía que era un conmovedor y extraño artefacto de anticuado bienestar, principalmente psicológico. Pero algunos de los paquetes lograban llegar a su cuartito, cercano al hospital Boston Mercy. Los guardaba en un armario, que estaba casi lleno de cajas de zapatos para enfermeras... también sin abrir.

Se sentía distanciada de su familia y pensaba que era extraño que le hubieran prodigado tantas atenciones de pequeña y luego, en algún momento determinado previsto, pareciera interrumpirse el flujo de afecto e iniciarse las expectativas. Era como si se esperara que durante una breve etapa absorberas amor (el suficiente) y después, durante una etapa mucho más prolongada y seria, se esperara que cumplieras ciertas obligaciones. Cuando Jenny rompió la cadena, abandonando Wellesley para ser algo tan

vulgar como una enfermera, había abandonado a su familia, y ellos, como si no pudieran evitarlo, la estaban abandonando a ella. En la familia Fields habría sido más apropiado, por ejemplo, que Jenny se hubiera convertido en una médica, o que se hubiera quedado en la universidad hasta casarse con un médico. Cada vez que veía a sus hermanos, a su madre y a su padre, era mayor la incomodidad recíproca. Estaban envueltos en ese violento proceso de llegar a desconocerse entre sí.

Así deben de ser las familias, pensaba Jenny Fields. Sentía que, si alguna vez tenía hijos, los amaría igual a los veinte que a los dos años; de hecho, pueden necesitarte más a los veinte, pensaba. ¿Qué necesita realmente un crío de dos años? En el hospital, los pacientes más fáciles eran los bebés. Cuanto más crecían, más necesitaban y menos los deseaban y los amaban.

Jenny sentía que había crecido en una enorme embarcación sin haber visto —y mucho menos comprendido— la sala de máquinas. Le gustaba la forma en que para el hospital sólo importaba lo que uno comía, si servía para algo haberlo comido, y dónde iba a parar. De niña, jamás había visto los platos sucios; a decir verdad, cuando las criadas limpiaban la mesa, Jenny estaba segura de que tiraban los platos a la basura (transcurrió mucho tiempo hasta que se le permitió entrar en la cocina). Y cuando todas las mañanas el camión del lechero llevaba las botellas, Jenny creyó, durante un tiempo, que también llevaba los platos del día, ya que el ruido de las botellas chocando entre sí era semejante al que producían las criadas en la cocina a puertas cerradas, hicieran lo que hiciesen con los platos.

Jenny Fields cumplió los cinco años antes de conocer el cuarto de baño de su padre. Lo rastreó una mañana siguiendo el aroma de la colonia que aquél usaba. Encontró una caseta empañada para la ducha —bastante moderna para 1925—, un inodoro personal y una hilera de frascos tan distintos de los de su madre que Jenny creyó haber descubierto la guarida de un hombre

secreto que durante años hubiera vivido en su casa sin ser visto. Y, de hecho, así era.

En el hospital, Jenny sabía adónde iba a parar todo y estaba aprendiendo las respuestas no mágicas a la pregunta de de dónde venía casi todo. En Dog's Head Harbor, cuando Jenny era niña, todos los miembros de la familia tenían su propio baño, su propio dormitorio, su propia puerta con su propio espejo en la parte de atrás. En el hospital, la intimidad no era sagrada, nada era secreto; si querías un espejo, tenías que pedirselo a la enfermera.

Lo más misterioso que se le había permitido investigar por su cuenta, de niña, había sido el sótano y la gran vasija de cerámica que todos los lunes se llenaba con almejas. Por la noche la madre de Jenny las espolvoreaba con harina de maíz y por la mañana se bañaba a las almejas con agua de mar purificada que salía de una larga tubería, que llegaba al sótano directamente desde el mar. Al final de la semana, las almejas estaban gordas y limpias de arena, demasiado crecidas para sus conchas, con sus grandes y obscenos cuellos recostados indolentemente en el agua salada. Los viernes, Jenny ayudaba a la cocinera a separar las malas de las buenas: las muertas no encogían el cuello cuando se las tocaba.

Jenny pidió un libro sobre las almejas. Lo leyó todo al respecto; cómo comían, cómo se alimentaban, cómo crecían. Fue la primera cosa viva que comprendió plenamente: su vida, su sexo, su muerte. En Dog's Head Harbor los seres humanos no eran tan accesibles. En el hospital, Jenny Fields sentía que recuperaba el tiempo perdido: estaba descubriendo que la gente no era mucho más misteriosa ni mucho más atractiva que las almejas.

«Mi madre», escribió Garp, «no hacía distinciones sutiles.»

Una sorprendente diferencia que podía haber encontrado entre las almejas y la gente era que la mayoría de las personas tenía cierto sentido del humor, pero Jenny no sentía ninguna inclinación por el humor. En aquella época, entre las enfermeras

de Boston, corría un chiste muy popular que a Jenny no le parecía nada divertido. El chiste se refería a otro de los hospitales de Boston. Jenny trabajaba en el hospital Boston Mercy, conocido como el Boston Mercy; también estaba el hospital Massachusetts General, conocido como el Mass General. Otro hospital era el Peter Bent Brigham, conocido como el Peter Bent.*

Un día —y va el chiste—, un hombre que se tambaleaba en el bordillo de la acera, a punto de caer de rodillas en la calle, llamó a un taxi. El hombre tenía el rostro rojo de dolor; se estaba ahogando o contenía el aliento, de modo que hablar le resultaba evidentemente difícil; el taxista abrió la puerta y le ayudó a subir; el hombre se tendió en el asiento trasero, boca abajo, y apretó las rodillas contra su pecho.

—¡Al hospital! ¡Al hospital! —gritó.

—¿El Peter Bent? —preguntó el taxista, ya que era el hospital más cercano.

—Está peor que doblado —gimió el pasajero—. ¡Creo que Molly me lo arrancó de un mordisco!

Muy pocos chistes eran graciosos para Jenny Fields y sin duda éste tampoco lo era; nada de chistes con pitos para Jenny, que se mantenía apartada de la cuestión. Había visto los problemas que los pitos pueden producir, y un bebé no era el peor. Naturalmente, veía a mujeres que no querían tener hijos y estaban tristes a causa de su embarazo; no deberían tenerlos, pensaba Jenny, aunque principalmente sentía pena por los bebés que nacían. También veía gente que quería tener a sus hijos, y a ella le hizo desear tener uno. Algún día, pensaba Jenny Fields, me gustaría tener un bebé, sólo uno. Pero el problema era que quería tener que ver lo menos posible con un pito y nada que ver con un hombre.

* Textualmente y en lenguaje vulgar, *peter bent* significa «pito doblado». (N. de la T.)

La mayoría de los tratamientos de pito que Jenny veía se aplicaban a soldados. El Ejército estadounidense no empezó a beneficiarse del descubrimiento de la penicilina hasta 1943, y muchos soldados no la conocieron hasta 1945. En el Boston Mercy, en los primeros meses de 1942, por lo general, los pitos se trataban con sulfamidas y arsénico. Para la gonorrea se usaba sulfatiazol, diluido en enormes cantidades de agua. Para la sífilis, en los tiempos anteriores a la penicilina, aplicaban neoarsfenamina; Jenny Fields consideraba que ése era el fin al que podía conducir el sexo: introducir arsénico en la química humana con la intención de purificar la química.

El otro tratamiento de pito era local y también requería mucho líquido. A menudo, Jenny ayudaba en este método de desinfección, pues en ese momento el paciente requería gran atención; de hecho, a veces era necesario sujetarle. Era un procedimiento sencillo —que podía hacer correr casi cien centímetros cúbicos de líquido pene arriba, líquido que llegaba hasta la sorprendida uretra antes de volver a descender—, pero hacía que los que se sometían a él se sintieran desollados vivos. El inventor de un aparato para este tratamiento se llamaba Valentine, y el artificio recibió el nombre de Irrigador de Valentine. Mucho después de que el irrigador del doctor Valentine fuera perfeccionado o reemplazado por otro tipo de irrigador, las enfermeras del Boston Mercy seguían refiriéndose al procedimiento como «tratamiento de Valentine»: un castigo apropiado para un amante, pensaba Jenny Fields.

«Mi madre», escribió Garp, «no tenía inclinaciones románticas.»

Cuando el soldado del cine cambió de asiento por primera vez —cuando hizo su primer movimiento en dirección a ella—, Jenny Fields pensó que lo que le vendría bien a él sería el tra-

tamiento de Valentine. Pero no tenía un irrigador a mano, porque no cabía en su bolso. Además, el método requería considerable colaboración por parte del paciente. Pero Jenny sí tenía un escalpelo, que siempre llevaba consigo. No lo había robado de la sala de cirugía: lo había encontrado en la basura, con una profunda muesca en la punta (probablemente había caído al suelo o en un fregadero) y no servía para trabajos delicados, pero Jenny no lo necesitaba para trabajos delicados.

Al principio había desgarrado los pequeños bolsillos de seda de su bolso. Más tarde encontró una parte de un viejo estuche de termómetro, con el que cubrió la punta del escalpelo, encapuchándolo como si fuera una pluma estilográfica. Quitó el capuchón cuando el soldado volvió a sentarse a su lado y extendió el brazo a lo largo del apoyo que, absurdamente, tenían que compartir. La larga mano del soldado quedó colgando del extremo del brazo y de pronto se sacudió como las ijadas de un caballo que espanta las moscas. Jenny mantuvo su propia mano en el escalpelo en el interior del bolso; con la otra mano, apretó el bolso contra su blanco regazo. Imaginaba que su uniforme de enfermera brillaba como un escudo sagrado y que por alguna perversa razón el insecto sentado a su lado se había sentido atraído por su luz.

«Mi madre», escribió Garp, «fue por la vida a la caza de arrebatadores de bolsos y de arrebatos arrebatadores.»

El soldado del cine no buscaba su bolso. Le tocó la rodilla. Jenny le habló en voz alta y clara:

—Quítame de encima tus asquerosas manos.

Varias personas volvieron la cabeza.

—Oh, vamos... —gimió el soldado.

La mano del soldado avanzó rápidamente por debajo del uniforme de Jenny; encontró unos muslos fuertemente apretados, y todo su brazo, desde el hombro hasta la muñeca, repentinamente rebanado como si fuera un delicado melón. Jenny le

había atravesado limpiamente las insignias y la camisa, limpiamente a través de la piel y los músculos, dejando al descubierto los huesos de la articulación del codo. («Si hubiera querido matarle», dijo más tarde a la policía, «le habría cortado la muñeca. Soy enfermera. Sé cómo desangrar a la gente.»)

El soldado aulló. De pie y mientras caía de espaldas, lanzó un puñetazo a la cabeza de Jenny con el brazo sano y la golpeó con tal fuerza en la oreja que su cabeza zumbó. Jenny le lanzó un nuevo zarpazo con el escalpelo, arrancándole un fragmento del labio superior, del tamaño y la delgadez de la uña de un pulgar. («No intentaba cortarle la garganta», dijo más tarde a la policía. «Intentaba arrancarle la nariz, pero fallé.»)

Llorando y a gatas, el soldado tanteó su camino hasta el pasillo y se encaminó hacia la protección de las luces del vestíbulo. Alguien en el interior de la sala lloriqueaba aterrorizado.

Jenny limpió el escalpelo en la butaca, lo devolvió a su bolso y cubrió la hoja con el capuchón del termómetro. A continuación fue al vestíbulo, donde se oían enérgicos lamentos, y el administrador gritaba a través de las puertas, en dirección al público a oscuras:

—¿Hay algún médico en la sala? ¡Por favor! ¿Alguien del público es médico?

Pero había una enfermera y se acercó para prestar ayuda. Cuando el soldado la vio se desmayó, y no a causa de la pérdida de sangre. Jenny sabía cuánto sangraban las heridas faciales: eran engañosas. Naturalmente, el tajo más profundo del brazo necesitaba atención inmediata, pero el soldado no se desangraba hasta morir. Nadie, salvo Jenny, parecía comprenderlo, debido a la cantidad de sangre que manaba, la mayor parte de la cual estaba en su uniforme blanco de enfermera. Pronto se dieron cuenta de que ella era la agresora. Los acomodadores del cine no le permitieron tocar al soldado desmayado y alguien le arrebató el bolso. ¡La enfermera loca! ¡La chiflada del puñal! Jenny

Fields estaba serena. Pensaba que sólo era cuestión de aguardar a que las auténticas autoridades comprendieran la situación. Pero la policía tampoco fue muy amable con ella.

—¿Hace mucho tiempo que sales con este tipo? —le preguntó el primero, camino del cuartelillo del distrito.

Poco después, otro inquirió:

—¿Por qué creías que iba a atacarte? Él dice que sólo intentaba presentarse.

—Esa pequeña arma es realmente peligrosa, nena —opinó un tercero—. No tendrías que llevar encima algo así. Eso es buscarte problemas.

De modo que Jenny decidió esperar a que sus hermanos aclararan la cuestión. Estaban en la Facultad de Derecho en Cambridge, al otro lado del río. Uno estudiaba leyes y el otro daba clases de leyes en la facultad.

«Ambos», escribió Garp, «compartían la opinión de que la práctica del derecho era vulgar, pero su estudio, sublime.»

Tampoco ellos fueron muy alentadores cuando llegaron.

—Le has destrozado el corazón a tu madre —dijo uno.

—Si hubieras seguido en Wellesley... —apuntó el otro.

—Una chica sola tiene que protegerse —argumentó Jenny—. ¿Qué sería más correcto?

Pero uno de los hermanos le preguntó si podía probar que previamente no había tenido relaciones con el soldado.

—En confianza —susurró el otro—, ¿hacía mucho tiempo que salías con este tipo?

Por último, todo se aclaró cuando la policía descubrió que el soldado era de Nueva York, donde tenía esposa e hijo. Estaba en Boston de permiso y lo que más temía era que la historia llegara a oídos de su mujer. Todos coincidieron en que eso sería horrible... para todos... y en consecuencia soltaron a Jenny, libre de cargos. Cuando ésta armó un escándalo porque la policía no le devolvió el escalpelo, uno de sus hermanos sugirió:

—En nombre de Dios, Jennifer, puedes robar otro, ¿no?

—No lo robé —protestó Jenny.

—Deberías tener amigos —insinuó uno de los hermanos.

—De Wellesley —repitieron a coro.

—Os agradezco que hayáis acudido a mi llamada —dijo Jenny.

—Para eso está la familia —dijo uno de los hermanos.

—La sangre llama —agregó el otro, que enseguida palideció, al captar el doble significado de su expresión: el uniforme de Jenny estaba totalmente manchado de sangre.

—Soy una buena chica —les aseguró Jenny.

—Jennifer —dijo el hermano mayor y primer modelo de vida que tuvo Jenny para la sensatez, para todo lo que estaba bien. Era bastante solemne y declaró—: Es mejor no mezclarse con hombres casados.

—No se lo diremos a mamá —dijo el menor de los varones con intención tranquilizadora.

—¡Y menos a papá!

En un raro intento por mostrar alguna afectuosidad natural, el mayor le guiñó un ojo, gesto que contorsionó su rostro y por un momento convenció a Jenny de que su primer modelo de vida había adquirido un tic facial.

Junto a los hermanos había un buzón con un cartel del Tío Sam. Un soldado menudo, vestido de marrón, se descolgaba de las manazas de Tío Sam. El soldado estaba a punto de aterrizar en un mapa de Europa. Al pie del cartel se leía: ¡APOYAD A NUESTROS MUCHACHOS! El hermano mayor de Jenny miró a Jenny que miraba el cartel.

—Y no te mezcles con soldados —añadió.

No obstante, pocos meses después también él sería soldado. Sería uno de los que no volverían de la guerra. Destrozaría el corazón de su madre, acto al que se había referido con disgusto.

El hermano menor moriría a causa de un accidente en un velero, mucho después de concluida la guerra. Peció ahogado a

varias millas de la playa de la finca de la familia Fields, en Dog's Head Harbor. Al referirse a su doliente esposa, la madre de Jenny dijo: «Aún es joven y atractiva y sus niños no son repelentes. Todavía no, al menos. Después de un tiempo decente, estoy segura de que podrá encontrar a otro». Pero, finalmente, la viuda del hermano de Jenny habló con ésta, menos de un año después del accidente. Le preguntó a Jenny si consideraba que había pasado un «tiempo decente» y si podía comenzar a hacer lo que fuera necesario para «encontrar a otro». Temía ofender a la madre de Jenny. Quería saber si Jenny consideraba correcto que se quitara el luto.

—Si no sientes el luto, ¿para qué lo llevas? —le preguntó Jenny.

En su autobiografía, Jenny escribió: «Esa pobre mujer necesitaba que le dijeran qué debía sentir».

«Mi madre decía que era la mujer más estúpida que había conocido», escribió Garp. «Y era ex alumna de Wellesley.»

Pero Jenny Fields, cuando se despidió de sus hermanos en su cuartito de alquiler, cercano al Boston Mercy, estaba demasiado confundida para sentirse lo bastante ultrajada. Además, estaba dolorida: le dolía la oreja donde el soldado le había propinado el puñetazo; para colmo, tenía un profundo calambre muscular entre los hombros que le impidió dormir. Pensó que se había torcido algo cuando los lacayos del cine la habían cogido en el vestíbulo y sujetado los brazos a la espalda. Recordó que se suponía que las bolsas de agua caliente eran buenas para los dolores musculares, se levantó de la cama, fue al armario y abrió uno de los paquetes regalo de su madre.

No era una bolsa de agua caliente. Ése había sido el eufemismo empleado por su madre para nombrar algo que no podía mencionar. En el paquete había una ducha vaginal. La madre de Jenny sabía para qué servía, lo mismo que su hija. Jenny había ayudado a muchas pacientes del hospital a utilizarlas, aun-

que allí no se empleaban para evitar embarazos después de hacer el amor, sino para la higiene femenina en general y en casos de enfermedades venéreas. Para Jenny Fields, una ducha era una versión más suave y espaciosa del Irrigador de Valentine.

Jenny abrió todos los paquetes que le había regalado su madre. En cada uno de ellos había una ducha vaginal.

—¡Por favor, úsala, querida! —le había rogado su madre.

Jenny sabía que su madre, aunque tenía buenas intenciones, suponía que sus relaciones sexuales eran numerosas e irresponsables. Sin duda, como diría su madre, «desde que abandonaste Wellesley». Desde Wellesley, la madre de Jenny pensaba que ésta fornicaba (también como ella lo diría) «a más no poder».

Jenny Fields volvió a la cama con la ducha vaginal llena de agua caliente, acomodada entre ambos hombros; abrigaba la esperanza de que las grapas que impedían que el agua bajara por la manguera no ocasionaran una filtración, pero, para asegurarse, sostuvo la manguera en las manos, como si fuera un rosario de goma, y dejó caer la boquilla con los diminutos agujeros en un vaso vacío. Durante toda la noche, Jenny estuvo atenta a una filtración de la ducha vaginal.

En este mundo de cochina mentalidad, pensó, eres la esposa de alguien o la puta de alguien; o vas camino de convertirte en una de las dos cosas. Si no encajas en ninguna de las dos categorías, todo el mundo trata de hacerte creer que algo te pasa. Pero, pensó, a mí no me pasa nada.

Naturalmente, ése fue el principio del libro que muchos años después haría famosa a Jenny Fields. Aunque poco refinada, se dijo que su autobiografía salvaba la consabida distancia entre el mérito literario y la popularidad, pero Garp afirmaba que la obra de su madre tenía «el mismo mérito literario que el catálogo de Sears Roebuck».

Pero ¿qué hacía vulgar a Jenny Fields? No sus leguleyos hermanos, ni el hombre del cine que había manchado su uniforme. Tampoco las duchas vaginales de su madre, aunque fueron las posibles responsables del desahucio de Jenny. La patrona de la pensión (mujer irritable que, por oscuras razones personales, sospechaba que todas las mujeres estaban al borde de un ataque de lascivia) descubrió que había nueve duchas vaginales en la minúscula habitación con baño de su inquilina. Una sospecha por asociación: en el cerebro de la angustiada patrona, eso indicaba un miedo al contagio que rebasaba sus propios temores. O, peor aún, la profusión de duchas vaginales representaba una pavorosa necesidad real, cuyas posibles razones concebibles invadieron los peores sueños de la patrona.

Ni siquiera pudo imaginar qué significaban los doce pares de zapatos sin estrenar. Jenny consideró tan absurda toda la cuestión —y descubrió que sus propios sentimientos hacia los regalos de sus padres eran tan ambiguos— que apenas protestó. Se mudó.

Pero esto tampoco la hacía vulgar. Puesto que sus hermanos, sus padres y la patrona de la pensión suponían que ella hacía una vida de impudicia —al margen de su propio ejemplo—, Jenny decidió que toda protesta de inocencia era inútil y parecería defensiva. Alquiló un pequeño apartamento que experimentó una nueva invasión de duchas vaginales empaquetadas, por parte de su madre, y de pilas de zapatos para enfermera, por parte de su padre. Comprendió lo que pensaban: si ha de ser puta, al menos que sea limpia y vaya bien calzada.

En parte, la guerra impidió a Jenny reflexionar en lo mal que la interpretaba su familia... y también le impidió toda amargura y compasión de sí misma. Jenny no era «reflexiva». Era una buena enfermera y cada vez estaba más ocupada. Muchas enfermeras se alistaban, pero Jenny no tenía ganas de cambiar de uniforme ni de viajar; era una chica solitaria y no quería verse obligada a conocer a gente nueva. Además, consideraba que el sistema de

jerarquías era bastante irritante en el Boston Mercy y suponía que, en un hospital de campaña del ejército, sólo podía ser peor.

En primer lugar, habría echado de menos a los bebés. Ésa era la verdadera razón por la que se quedó cuando tantas otras se iban. Sentía que su mejor misión como enfermera estaba al lado de las madres y sus bebés —y repentinamente había muchos bebés cuyos padres estaban lejos, habían muerto o desaparecido—. Jenny quería, sobre todo, alentar a esas madres. De hecho, las envidiaba. Para ella era la situación ideal: una madre sola con un bebé recién nacido, el marido reventado por los cielos de Francia. Una joven madre con su hijo, con toda una vida por delante para los dos, sólo ellos dos. Un bebé sin ataduras, pensaba Jenny Fields. Casi una concepción inmaculada. Al menos no sería necesario ningún futuro tratamiento de pito.

Naturalmente, esas mujeres no siempre estaban tan contentas con su destino como Jenny creía. Muchas se sentían afligidas, y otras (muchas) abandonadas; algunas guardaban rencor a sus hijos; algunas (muchas más) querían un marido y un padre para sus bebés. Pero Jenny Fields era su estímulo: hablaba a favor de la soledad, les decía cuán afortunadas eran.

—¿No crees que eres una buena mujer? —les preguntaba.

La mayoría creía que sí.

—¿Y no es hermoso tu bebé?

La mayoría pensaba que su bebé era hermoso.

—¿Y el padre? ¿Cómo era?

Un vago, pensaban muchas. Un cerdo, un gamberro, un mentiroso, ¡un malvado follador!

—¡Pero está muerto! —decían, acongojadas, unas pocas.

—Entonces, así estás mejor, ¿no? —insinuaba Jenny.

Algunas de ellas llegaron a considerarlo desde su mismo punto de vista, pero la reputación de Jenny en el hospital se resintió a causa de su cruzada. En general, el proceder del hospital hacia las madres solteras no era tan estimulante.

—La Virgen María Jenny —decían las otras enfermeras—. No quiere tener un bebé de la forma más fácil. ¿Por qué no se lo pides a Dios?

En su autobiografía, Jenny escribió: «Quería trabajar y vivir sola. Eso me convirtió en sexualmente sospechosa. Después deseé un hijo, pero sin que para ello tuviera que compartir mi cuerpo ni mi vida. También eso me convirtió en sexualmente sospechosa».

Y también eso la hizo vulgar. (Y en eso se inspiró su famoso título: *Sexualmente sospechosa*, autobiografía de Jenny Fields.)

Jenny Fields descubrió que suscita más respeto escandalizar a la gente que tratar de vivir la propia vida con un poco de intimidad. Jenny informó a las otras enfermeras de que algún día encontraría a un hombre que la embarazaría, sólo eso y nada más. No consideraba la posibilidad de que el hombre necesitara intentarlo más de una vez, les dijo. Aquéllas, naturalmente, apenas tuvieron tiempo para contarle a medio mundo lo que sabían. La respuesta no se hizo esperar: pronto Jenny recibió varias propuestas. Tuvo que tomar una rápida decisión: o retroceder, avergonzada de que su secreto hubiera trascendido, o mostrarse cínica.

Un joven estudiante de medicina le dijo que se ofrecía como voluntario, con la condición de tener como mínimo seis oportunidades en un fin de semana de tres días. Jenny le respondió que, obviamente, era un hombre que carecía de confianza en sí mismo, y ella quería tener un hijo seguro de sí.

Un anestesista le ofreció pagar la educación del chico hasta la universidad, pero Jenny le informó de que tenía los ojos demasiado juntos y que sus dientes estaban mal formados: no quería cargar con un hijo con tantas desventajas.

El novio de otra enfermera la trató más cruelmente; la abortó en la cafetería del hospital y le puso delante un vaso casi lleno de una sustancia lechosa, turbia y viscosa.

—Esperma —dijo y señaló el vaso—. Todo eso de un solo disparo... Yo no me entretengo con fruslerías. Si una oportunidad es todo lo que ofreces, soy tu hombre. —Jenny levantó el repulsivo vaso y lo inspeccionó fríamente. Sabe Dios qué contenía. El novio de su colega agregó—: Eso sólo es un indicativo del material disponible. Montones de semillas —sonrió.

Jenny volcó el contenido del vaso en una maceta.

—Quiero un hijo, no una granja de esperma —replicó.

Jenny sabía que sería difícil. Se acostumbró a que le tomaran el pelo y aprendió a pagar con la misma moneda.

En el hospital decidieron que Jenny Fields era grosera, que iba demasiado lejos. Una broma es una broma, pero Jenny parecía hablar en serio. O se mantenía firme por testarudez o, peor aún, era sincera. Sus colegas del hospital no lograron hacerla reír ni llevársela a la cama. Como escribió Garp respecto al dilema de su madre: «Sus colegas detectaron que se sentía superior a ellos. Nunca se lo perdonaron».

En consecuencia, iniciaron una política dura con Jenny Fields. Fue una decisión del personal, «por su propio bien», por supuesto. Acordaron separar a Jenny de los bebés y de las madres. Tenía los bebés metidos en la cabeza, dijeron. Basta de obstetricia para Jenny Fields. Alejémosla de las incubadoras; tiene un corazón —o una cabeza— demasiado blando. Así, separaron a Jenny Fields de las madres y de sus bebés. Es una buena enfermera, decían todos: que pruebe suerte en cuidados intensivos. Sabían por experiencia que toda enfermera de cuidados intensivos del Boston Mercy pronto dejaba de interesarse por sus problemas personales. Naturalmente, Jenny sabía por qué la habían alejado de los bebés y sólo le dolió que tuvieran en poca estima el dominio que tenía de sí misma. En virtud de que lo que ella quería era extraño para ellos, suponían que su autocontrol era insuficiente. La gente carece de lógica, pensó Jenny. Sabía que contaba con mucho tiempo para quedarse embara-

zada. No tenía prisa. La maternidad formaba parte de un plan posterior.

Eran tiempos de guerra. En cuidados intensivos, vio algo más de ella. Los hospitales del frente enviaban a sus pacientes especiales, y también estaban allí los casos extremos. Los habituales ancianos cuyas vidas pendían del habitual hilo: los habituales accidentes industriales y automovilísticos, los terribles accidentes infantiles. Pero, principalmente, había soldados. Lo que les ocurría a ellos no era ningún accidente.

Jenny hacía sus propias divisiones entre los no accidentes que les ocurrían a los soldados; llegó a establecer sus propias categorías con respecto a ellos.

1. Estaban los hombres que se habían quemado; en su mayor parte les había ocurrido a bordo de una embarcación (los casos más complicados provenían del hospital Chelsea Naval, pero también se quemaban en aviones y en tierra). Jenny les llamaba Epidérmicos.

2. Estaban los hombres que habían sido heridos en zonas importantes, tenían problemas internos y Jenny los denominaba Órganos Vitales.

3. Estaban los hombres cuyas heridas le parecían casi místicas a Jenny; eran los que «ya no estaban allí», los hombres cuyas cabezas o columnas vertebrales estaban lesionadas. A veces estaban paralizados y otras simplemente idos. Jenny les daba el nombre de Ausentes. En algunas ocasiones, uno de los Ausentes también tenía lesiones Epidérmicas o de Órganos Vitales; todo el hospital tenía un nombre para estos últimos:

4. Sentenciados.

«Mi padre», escribió Garp, «era un Sentenciado. Desde la perspectiva de mi madre, eso debió de hacerlo muy atractivo. Sin ataduras.»

El padre de Garp era un artillero de torreta oval que tuvo un no accidente en los cielos de Francia.

«El artillero de torreta oval», escribió Garp, «era un tripulante de la dotación de bombarderos que se encontraba entre las más vulnerables al fuego antiaéreo de tierra. Éste se denominaba barrera antiaérea y a menudo aparecía ante el artillero a la manera de tinta que asciende y se expande en el espacio como si éste fuera papel secante. El pequeñajo (porque a fin de que cupiera en la torreta oval, era preferible que el soldado fuera pequeño) acurrucado con sus ametralladoras en su estrecho nido, como un capullo, se asemejaba a un insecto capturado en un frasco de vidrio. La torreta oval era una esfera metálica con una portilla de cristal; estaba inserta en el fuselaje de un B-17 como un ombligo dilatado, como un pezón en la panza del bombardero. En esa diminuta bóveda había dos ametralladoras del calibre cincuenta y un hombre bajo y pequeño cuya tarea consistía en rastrear con sus miras la trayectoria de un caza que atacara su bombardero. Cuando la torreta se movía, el artillero giraba con ella. Había palancas de madera con botones en los extremos para disparar los cañones; al coger esas palancas de disparo, el artillero de la torreta parecía un peligroso feto decidido a proteger a su madre, suspendido del saco amniótico absurdamente expuesto del avión. Esas palancas también guiaban la torreta hasta determinado punto de expansión, con el propósito de que el artillero de la torreta no disparara hacia delante.

»Con el cielo debajo de él, el artillero debía de sufrir especialmente el frío, adherido al avión como si fuera una idea adicional. Al aterrizar, la torreta oval se retiraba, generalmente. Al aterrizar, una torreta oval no retirada levantaría chispas –largas y violentas como automóviles– del asfalto.»

El T.S. Garp,* el difunto artillero cuya familiaridad con la muerte violenta no es posible exagerar, prestaba servicios en

* Las iniciales T.S. corresponden a *Technical Sergeant*, su designación en la hoja de servicios del ejército. (*N. de la T.*)

la Octava Fuerza Aérea que bombardeó el continente desde Inglaterra. El sargento Garp adquirió experiencia como artillero de proa en el B-17C y como artillero de combés en el B-17E antes de que le nombraran artillero de torreta oval.

A Garp no le gustaban las instalaciones de los cañones de combés del B-17E. Allí había dos artilleros de combés metidos en la cuaderna del avión con sus torretas enfrentadas, y Garp siempre se golpeaba las orejas cuando su compañero movía su cañón al mismo tiempo que él. En modelos posteriores, precisamente a causa de esta interferencia entre los artilleros de combés, se escalonaron las posiciones de las torretas. Pero la innovación llegó demasiado tarde para el sargento Garp.

Su primera misión de combate fue una salida, a pleno día, de una escuadrilla de B-17E contra Ruán, Francia, el 17 de agosto de 1942, misión que se cumplió sin víctimas. El T.S. Garp, desde su puesto de artillero de combés, recibió un golpe en la oreja izquierda y dos en la derecha por parte de su compañero artillero. Parte del problema consistía en que el otro artillero, comparado con Garp, era demasiado voluminoso: sus codos llegaban al nivel de las orejas de Garp.

Aquel primer día que volaron sobre Ruán, ocupaba la torreta oval un hombre llamado Fowler, que era aún más pequeño que Garp. Antes de la guerra, Fowler había sido jockey. Era un tirador más experto que Garp y ocupaba el lugar donde a Garp le hubiese gustado estar. Era huérfano, pero debía de gustarle estar solo, por lo que se buscó una manera de evitar los codazos de su compañero artillero. Naturalmente, como tantos artilleros, Garp soñaba con su misión número cincuenta, después de la cual abrigaba la esperanza de ser trasladado a la Segunda Fuerza Aérea —el comando de entrenamiento de bombarderos—, donde podría retirarse a un lugar seguro como instructor de artillería. Pero hasta la muerte de Fowler, Garp envidió su cueva privada, su sentido del aislamiento propio de un jockey.

—Llega a ser un lugar fétido si eres muy pedorrero —afirmaba Fowler.

Fowler era un hombre cínico, con un cosquilleo de tos seca e irritante, y tenía pésima reputación entre las enfermeras del hospital de campaña.

Fowler murió en un accidentado aterrizaje en un camino sin pavimentar. Los tirantes del tren de aterrizaje se partieron en un bache, se derrumbó todo el mecanismo y el bombardero aterrizó deslizándose sobre su barriga, lo cual reventó la torreta oval con la desproporcionada fuerza de un árbol que cae sobre una uva. Fowler, que siempre había sostenido que tenía más fe en las máquinas que en los caballos o en los seres humanos, estaba acurrucado en la torreta oval no retirada cuando el avión aterrizó encima de él. Los artilleros de combés, incluido el sargento Garp, vieron saltar los restos desde debajo de la panza de la máquina. El segundo de la escuadrilla, que era el observador de tierra más cercano, vomitó en un jeep. El comandante de la escuadrilla no aguardó a que la muerte de Fowler fuera oficial para reemplazarlo por el hombre de menor talla que quedaba en la escuadrilla. El pequeñajo T.S. Garp siempre había ambicionado ser artillero de torreta oval. En septiembre de 1942, lo logró.

«Mi madre era muy rigurosa para los detalles», escribió Garp. Cuando ingresaban a una nueva víctima en el hospital, Jenny Fields era la primera en preguntar al médico cómo había ocurrido. Entonces, Jenny los clasificaba en su fuero interior: los Epidérmicos, los Órganos Vitales, los Ausentes y los Sentenciados. Después inventaba pareados jocosos para recordar sus nombres y sus correspondientes catástrofes. Así: el soldado Jones, huesos rotos a montones; el subteniente Potter chocó con un bulldozer; el cabo Estes perdió los testes; la piel del capitán Flynn toca a su fin; el mayor Longfellow ya no rima.

El sargento Garp era un misterio. En su trigésimo quinto vuelo sobre Francia, el pequeño artillero de torreta oval dejó de disparar. El piloto notó la falta del fuego de la ametralladora desde la torreta oval y pensó que habían herido a Garp. Si así era, el piloto no lo había sentido en la panza de su avión. Abrigió la esperanza de que tampoco Garp lo hubiera sentido demasiado. Cuando el aparato aterrizó, el piloto se apresuró a trasladar a Garp al sidecar de la motocicleta de un médico: todas las ambulancias estaban ocupadas. Una vez sentado en el sidecar, el diminuto sargento empezó a masturbarse. Había un toldo de lona con el que se cubría el sidecar en caso de lluvia o mal tiempo; el piloto se apresuró a colocarlo en su sitio. El toldo tenía una ventanilla a través de la cual el médico, el piloto y el resto de la tropa podían observar al sargento Garp. Para ser un hombre tan menudo, parecía tener una erección muy voluminosa, aunque se tocaba con muy poca más habilidad que un niño, y ni remotamente tan bien como un mono del zoológico. Sin embargo, a semejanza del mono, Garp se asomaba a la ventanilla y miraba con franqueza los rostros de los seres humanos que le observaban.

—¿Garp? —le llamó el piloto.

La frente de Garp estaba manchada de sangre, principalmente seca, pero tenía la gorra de vuelo pegada a la coronilla y con gotas de sangre fresca; no parecía tener más heridas.

—¡Garp! —gritó el piloto.

Había una hendidura en la esfera de metal donde estaban aposentadas las ametralladoras del calibre cincuenta; al parecer, el fuego antiaéreo había alcanzado los cilindros de los cañones, resquebrajado su alojamiento y soltado las palancas disparadoras, aunque las manos de Garp no tenían nada malo, salvo la torpeza para masturbarse.

—¡Garp! —volvió a gritar el piloto.

—¿Garp? —dijo Garp; remedó al piloto, a la manera de un loro o un grajo—. Garp —repitió Garp, como si acabara de apren-

der la palabra. El piloto movió la cabeza afirmativamente para estimularle a recordar su nombre; Garp sonrió—. Garp —insistió: parecía creer que así se saludaba a la gente. No hola, hola, sino Garp, Garp.

—¡Jesús, Garp! —exclamó el piloto.

Se advertían algunos agujeros y cristales astillados en la portilla de la torreta oval. Ahora el médico abrió la cremallera de la portilla del toldo del sidecar y examinó los ojos de Garp. Algo fallaba, porque los ojos del pequeñajo giraban con independencia el uno del otro; el médico pensó que probablemente para Garp el mundo aparecía y desaparecía, para volver a aparecer, si es que Garp podía ver. Lo que en aquel momento el piloto y el médico no podían saber era que unas agudas y finas astillas de la ráfaga antiaérea habían dañado uno de los nervios oculomotores del cerebro de Garp, y también otras partes de su cerebro. El nervio oculomotor está compuesto principalmente por fibras motoras que estimulan la mayoría de los músculos del globo ocular. En cuanto al resto del cerebro de Garp, había recibido algunos cortes y seccionamientos muy similares a los de una lobotomía prefrontal, aunque realizada con una cirugía en extremo descuidada.

El médico sintió gran temor al pensar hasta qué punto le habían practicado una lobotomía descuidada al sargento Garp y por esa razón se manifestó contrario a quitarle la gorra empapada en sangre y tirante donde tocaba un bulto tenso y lustroso que parecía crecer en su frente.

Todos buscaron con la vista al motociclista, que estaba vomitando en algún lugar, y el médico pensó que debería encontrar a alguien que se sentara con Garp en el sidecar mientras él conducía la moto.

—¿Garp? —le dijo Garp al médico, articulando la nueva palabra.

—Garp —confirmó el médico.

Garp parecía contento. Mantenía sus pequeñas manos sobre la impresionante erección cuando eyaculó con violencia.

—¡Garp! —ladró.

Había placer en su voz, pero también sorpresa. Paseó la mirada ante su público, rogando que el mundo apareciera y se estuviera quieto. No estaba muy seguro de lo que había hecho.

—¿Garp? —inquirió dubitativamente.

El piloto le palmeó el brazo y miró significativamente a los demás miembros de la dotación de vuelo y aterrizaje, como diciendo: Hombres, prestemos un poco de apoyo al sargento. Por favor, hagamos que se sienta cómodo. Y los hombres, respetuosamente mudos ante la eyaculación de Garp, dijeron al unísono:

—¡Garp! ¡Garp! ¡Garp! —Un tranquilizador coro de focas empuñado en hacer sentir cómodo a Garp.

Garp movió la cabeza, dichoso, pero el médico le apretó el brazo y susurró, angustiado:

—¡No! No muevas la cabeza, ¿quieres? ¿Garp? Por favor, no muevas la cabeza.

Los ojos de Garp se clavaron más allá del piloto y el médico, que aguardaron a que volvieran a centrar la mirada.

—Quédate quieto, Garp —murmuró el piloto—. Muy quieto, ¿quieres?

El semblante de Garp irradiaba pura paz. Con ambas manos sobre su agonizante erección, la mirada del pequeño sargento indicaba que acababa de hacer lo que la situación exigía.

No pudieron hacer nada por el sargento Garp en Inglaterra. Tuvo la suerte de ser trasladado a Boston mucho antes del final de la guerra. El verdadero responsable de su traslado fue un senador. El editorial de un diario de Boston había acusado a la Marina estadounidense de transportar a la patria a los soldados heridos en servicio únicamente si provenían de importantes y opulentas familias norteamericanas. En un esfuerzo por sofocar tan vil rumor, un senador de Estados Unidos afirmó que cual-

quiera de los heridos graves podía tener la suerte de volver a Estados Unidos, «incluso un huérfano». Pasaron apuros para dar con un huérfano herido con el propósito de demostrar la veracidad de las palabras del senador, pero finalmente encontraron a la persona perfecta.

El T.S. Garp no sólo era huérfano: era un idiota con un vocabulario de una sola palabra, de modo que no se quejaría a la prensa. Y en todas las fotografías que le tomaron, el artillero Garp sonreía.

Cuando el babeante sargento ingresó en el Boston Mercy, a Jenny Fields le costó clasificarlo. Evidentemente se trataba de un Ausente, más dócil que un niño, pero Jenny ignoraba qué otras cosas no le funcionaban.

—Hola. ¿Cómo estás? —le preguntó cuando lo introdujeron en la sala, en la camilla de ruedas, sonriente de oreja a oreja.

—¡Garp! —ladró Garp.

Le habían restablecido parcialmente el nervio oculomotor y ahora sus ojos saltaban, en lugar de rodar, pero tenía las manos envueltas en mitones de gasa, como resultado de sus juegos en un incendio accidental que estalló en el recinto hospitalario del barco que lo trasladó a Estados Unidos. Garp había visto las llamas y, tras acercar las manos hacia ellas, había extendido parte del fuego a su rostro, chamuscándose las cejas. A Jenny le pareció un mochuelo afeitado.

Sumando las quemaduras, Garp era simultáneamente un Epidérmico y un Ausente. Además, con las manos tan profusamente vendadas, había perdido la capacidad de masturbarse, actividad que, según su historia clínica, ejercitaba a menudo y con éxito, y sin la más mínima timidez. Los que le observaron de cerca desde su accidente en el incendio del buque, temían que el diminuto artillero sufriera depresión mental, ya que se le había

quitado su único placer adulto, al menos hasta que sus manos curaran.

Por supuesto, también era posible que el sargento Garp tuviera lesiones de Órganos Vitales. En su cabeza habían penetrado muchos casquillos, la mayoría de los cuales estaban localizados en lugares demasiado delicados para poder extraérselos. Era posible que la lesión cerebral del sargento Garp no terminara en su burda lobotomía y que la destrucción interna progresara.

«Nuestro deterioro general ya es lo suficientemente complicado», escribió Garp, «sin la introducción de fuego antiaéreo en nuestro sistema.»

Antes del sargento Garp había un paciente al cual también le habían perforado la cabeza de manera similar. Había estado muy bien durante meses, salvo que hablaba solo y en algunas ocasiones se orinaba en la cama. Luego empezó a perder el pelo y a no poder completar las frases. Inmediatamente antes de morir, empezaron a desarrollársele los pechos.

Dadas las pruebas, las sombras y las agujas blancas que aparecían en las radiografías, el artillero Garp era, probablemente, un Sentenciado. Pero a Jenny Fields le caía bien. Un hombre pequeño y pulcro, el ex artillero de torreta oval era tan inocente y directo en sus demandas como un crío de dos años. Gritaba «¡Garp!» cuando tenía hambre, y «¡Garp!» cuando estaba contento; preguntaba «¿Garp?» cuando algo le desconcertaba o cuando se dirigía a extraños, y decía «Garp», sin signo de interrogación, cuando reconocía a alguien. Por lo general hacía lo que se le decía, pero no se podía confiar en él: lo olvidaba todo fácilmente y, si en algunos momentos era tan obediente como un niño de seis años, en otros era tan estúpidamente curioso como si tuviera un año y medio.

Sus depresiones —todas bien documentadas en los papeles de traslado— parecían producirse simultáneamente con sus erecciones. En esos momentos, con las manos envueltas en gasas tapa-

ba su pobre pito erecto y sollozaba. Lloraba porque la gasa no era tan buena al tacto como el recuerdo que tenía de sus manos y también porque éstas le dolían si tocaba algo. En esos momentos, Jenny Fields se sentaba a su lado. Le frotaba la espalda entre los omoplatos hasta que él extendía la cabeza hacia atrás como un gato. Le hablaba constantemente, con voz amistosa y llena de excitantes cambios de tono. La mayoría de las enfermeras hablaba a sus pacientes con tono monótono –voz uniforme e inmutable con el propósito de estimular el sueño–, pero Jenny sabía que no era sueño lo que Garp necesitaba. Sabía que sólo era un bebé y estaba aburrido: necesitaba alguna distracción. En consecuencia, Jenny le entretenía. Encendía la radio para él, pero algunos programas le perturbaban. Nadie sabía por qué. Otros programas le proporcionaban fantásticas erecciones que, a su vez, le hundían en depresiones, y así sucesivamente. Un programa, sólo uno, provocó en Garp una polución nocturna que le produjo tanta sorpresa y placer que a partir de entonces siempre estaba ansioso por oír la radio. Pero Jenny no pudo sintonizar otra vez el programa y no logró repetir tan feliz actuación. Sabía que, si lograba conectar a Garp con el programa de la polución nocturna, el trabajo de ella y la vida de él serían mucho más dichosos. Pero no era fácil.

Jenny renunció a tratar de enseñarle otra palabra. Cuando le alimentaba y veía que le gustaba lo que comía, Jenny decía:

–¡Bueno! Eso es bueno.

–¡Garp! –asentía él.

Cuando escupía la comida en su babero y ponía expresión de desagrado, Jenny decía:

–¡Malo! Esa comida es mala, ¿no?

–¡Garp! –balbucía él.

La primera señal que tuvo Jenny de que empeoraba fue cuando él pareció perder la *G*. Una mañana la saludó diciendo:

–Arp.

—Garp —Jenny pronunció severamente—. Garp.

—Arp —respondió él.

Jenny supo que lo estaba perdiendo.

Garp parecía cada vez más joven. Cuando dormía, sobaba el aire con sus puños, fruncía los labios, movía las mejillas como si mamara y le temblaban los párpados. Jenny había pasado mucho tiempo con bebés: sabía que el artillero de torreta oval tomaba el pecho en sueños. Durante un tiempo se le ocurrió robar un chupete en Maternidad, pero ahora estaba demasiado alejada de ese sitio y sabía que, si entraba allí, la irritarían con sus chistes. («Ha llegado la Virgen María Jenny a pedir un chupete para su bebé. ¿Quién es el feliz padre, Jenny?») Observaba al sargento Garp mamar en sueños y trataba de creer que su última regresión sería pacífica, que volvería a la etapa fetal y ya no respiraría a través de los pulmones, que su personalidad se separaría con felicidad, la mitad de él, sueños de un óvulo, la otra, sueños de un espermatozoide. Finalmente, dejaría de ser.

Fue casi así. La etapa de lactancia de Garp se intensificó tanto que parecía despertar como un niño que come cada cuatro horas; incluso lloraba como un bebé, con el rostro color escarlata, los ojos llenos de lágrimas en un instante, para calmarse unos segundos después... gracias a la radio o a la voz de Jenny. En cierta ocasión, cuando Jenny le frotaba la espalda, eructó. Jenny se deshizo en lágrimas. Se sentó en el borde de la cama y le deseó un rápido e indoloro viaje al útero y al más allá.

¡Si sus manos curaran!, pensaba ella. Entonces, él podría chuparse el pulgar. Cuando despertaba de sus sueños de mamadas, hambriento de pecho, Jenny le llevaba su propio pulgar a la boca y dejaba que los labios de Garp tirasen de él. Aunque poseía auténticos dientes de adulto, mentalmente estaba desdentado y jamás mordió. Fue esta observación la que una noche condujo a Jenny a ofrecerle su pecho, del que él mamó inagotablemente, sin parecer importarle que no produjera nada. Jenny pensó que, si Garp

seguía succionando, ella llegaría a tener leche, tan fuerte era el tirón que sentía en el vientre, tirón al mismo tiempo maternal y sexual. Sus sentimientos eran tan vívidos que, por un instante, ella creyó que le sería posible concebir un hijo amamantando simplemente al bebé artillero de torreta oval.

Fue casi así. Pero el artillero Garp no era totalmente un bebé. Una noche, mientras le amamantaba, Jenny notó que Garp tenía una erección que levantaba las sábanas; con sus torpes manos vendadas él se abanicó gimiendo de frustración mientras succionaba vorazmente. Y esa noche Jenny le ayudó; con sus manos frías y empolvadas se ocupó de Garp. Él dejó de mamar y le acarició el pecho con la nariz.

—Ar —gimió: había perdido la *p*.

Antes Garp, luego Arp, ahora sólo Ar: Jenny supo que se estaba muriendo. Sólo le quedaba una vocal y una consonante.

Cuando Garp eyaculó, Jenny sintió su disparo húmedo y caliente en la mano. Bajo las sábanas, olía a invernadero en verano, absurdamente fértil, como una producción desenfrenada. Allí podría plantarse cualquier cosa con la certeza de que germinaría. Así sintió Jenny Fields el esperma de Garp: si se derramaba un poco en un invernáculo, brotarían bebés en la tierra.

Jenny meditó la cuestión durante veinticuatro horas.

—¿Garp? —susurró Jenny.

Se desabrochó la parte superior del vestido y sacó los pechos, que siempre había considerado demasiado generosos.

—¿Garp? —susurró junto a su oído.

Garp parpadeó y estiró los labios. Alrededor de la cama había un biombo blanco, un velo sobre ruedas que los aislaba del resto de la sala. A un lado de Garp había un Epidérmico, víctima de un lanzallamas, cubierto de bálsamo y envuelto en gasas. No tenía párpados, de modo que siempre parecía mirar, aunque

estuviera ciego. Jenny se quitó sus resistentes zapatos de enfermera, aflojó sus medias blancas y se quitó el uniforme. Tocó los labios de Garp con los dedos.

Al otro lado de la cama de Garp había un Órganos Vitales a punto de convertirse en Ausente. Había perdido la mayor parte del intestino bajo y recto; ahora, un riñón no le funcionaba bien y el hígado le atormentaba. Tenía terribles pesadillas que le obligaban a orinar y defecar, aunque para él esas funciones eran historia antigua. En realidad, ni se enteraba cuando hacía esas cosas a través de tubos que culminaban en bolsas de goma. Gruñía con frecuencia y, a diferencia de Garp, lo hacía con palabras completas.

—Mierda —gruñó.

—¿Garp? —volvió a susurrar Jenny.

Se quitó las bragas y las medias. Se soltó el sostén y levantó la sábana.

—¡Cristo! —farfulló suavemente el Epidérmico: tenía los labios plagados de ampollas.

—¡Maldita mierda! —gritó Órganos Vitales.

—Garp —dijo Jenny Fields, observó su erección y montó a horcajadas sobre él.

—Aaa —dijo Garp: hasta la *r* había desaparecido. Estaba reducido al sonido de una vocal para expresar su alegría o su tristeza—. Aaa —repitió mientras Jenny le metía en su interior y se sentaba encima de él con todo su peso.

—¿Garp? —preguntó ella—. ¿Te gusta? ¿Es bueno esto, Garp?

—*Bueno* —asintió él claramente.

Pero sólo era una palabra de su estropeada memoria que surgió en el preciso momento en que la penetró. Fue la primera y última palabra que Jenny Fields le oyó pronunciar: bueno. Cuando se encogió y su materia vital rezumaba en el interior de Jenny, volvió a reducirse a Aaa; cerró los ojos y se durmió. Cuando Jenny le ofreció el pecho, no tenía hambre.

—¡Dios! —gritó el Epidérmico, con una *d* muy suave: también tenía quemada la lengua.

—¡Pis! —espetó Órganos Vitales.

Jenny Fields lavó a Garp y a sí misma con agua tibia y jabón en una palangana blanca esmaltada del hospital. Naturalmente, no pensaba usar la ducha vaginal y no tenía dudas de que se había operado el milagro. Se sentía más receptiva que un terreno abonado —suelo nutricio— y percibió el disparo de Garp tan abundante como una manguera en verano (como si él tuviera la capacidad de regar todo un jardín).

Nunca volvió a hacerlo con él: no existía razón alguna. Para ella no había representado placer alguno. De vez en cuando le ayudaba con la mano y, cuando él lloraba, le ofrecía el pecho, pero, al cabo de pocas semanas, él dejó de tener erecciones. Cuando le quitaron el vendaje de las manos, observaron que hasta el proceso de cicatrización parecía operar regresivamente; volvieron a vendárselas. Perdió todo interés en mamar. Ahora sus sueños le parecían a Jenny semejantes a los que podía tener un pez. Jenny sabía que había vuelto al útero; él adoptó la posición fetal, acurrucado en el centro de la cama. No producía sonido alguno. Una mañana, Jenny le vio patear con sus pequeños y débiles pies; imaginó que ella sentía una patada interior. Aunque era demasiado pronto para lo real, sabía que lo real estaba en camino.

Poco tiempo después, Garp dejó de patear. Todavía obtenía el oxígeno respirando por los pulmones, pero Jenny sabía que sólo era un ejemplo de la adaptabilidad humana. No quería comer y tuvieron que alimentarle por vía intravenosa, de modo que volvió a verse unido a una especie de cordón umbilical. Jenny anticipaba la última etapa con cierta ansiedad. ¿Habría lucha al final, como la frenética lucha de su esperma? ¿Se levantaría el escudo espermático y el huevo desnudo aguardaría, expectante, la muerte? En el viaje de retorno del pequeño Garp, ¿cómo se di-

vidiría su alma? Pero esa etapa pasó en ausencia de Jenny. Un día, cuando ella estaba de permiso, el T.S. Garp murió.

«¿En qué otro momento podría haber muerto?», escribió Garp. «La única forma que tenía de escapar era hacerlo un día en que mi madre no estuviera de servicio.»

«Claro que sentí algo cuando murió», escribió Jenny Fields en su famosa autobiografía. «Pero lo mejor de él estaba en mi interior. Eso era lo mejor para los dos, la única forma en que él podía seguir viviendo, la única forma en que yo quería tener un hijo. El hecho de que el resto del mundo lo considere inmoral me demuestra que el resto del mundo no respeta los derechos individuales.»

Corría el año 1943. Cuando el embarazo de Jenny fue evidente, perdió el trabajo. Por supuesto, era lo que sus padres y sus hermanos esperaban: no se sorprendieron. Hacía tiempo que Jenny había renunciado a convencerles de su pureza. Recorría los enormes pasillos de la finca paterna en Dog's Head Harbor como un fantasma satisfecho. Su serenidad alarmó a su familia y la dejaron en paz. En secreto, Jenny era plenamente feliz, pero a pesar de todo lo que meditó sobre ese hijo deseado, es extraño que jamás dedicara un solo pensamiento a su futuro nombre.

Porque, cuando Jenny Fields dio a luz a un varón de cuatro kilos y medio, no tenía pensado ningún nombre. Su padre le preguntó cómo quería llamarlo, pero Jenny acababa de pasar por el parto y le habían administrado un sedante; no cooperaba.

—Garp —dijo.

Su padre, el rey del calzado, creyó que había eructado, pero su madre dijo quedamente:

—Se llamará Garp.

—¿Garp? —se extrañó su padre.

Sabían que de ese modo podían descubrir quién era el padre de la criatura. Naturalmente, Jenny no reconoció nada.

–Entérate de si ése es el nombre de pila o el apellido del hijo de puta –susurró el padre de Jenny a su mujer.

–¿Es nombre de pila o apellido, querida? –preguntó a Jenny su madre.

Jenny estaba muy soñolienta:

–Es Garp. Sólo Garp. Eso es todo.

–Me parece que es un apellido –dijo la madre de Jenny a su marido.

–¿Y cuál es el nombre? –preguntó, de mal humor, el padre de Jenny.

–Nunca lo supe –musitó Jenny, y era verdad.

–¡No conoce su nombre de pila! –vociferó su padre.

–Por favor, querida –insistió la madre–. Ha de tener un nombre.

–El T.S. Garp –declaró Jenny Fields.

–¡Un asqueroso soldado! ¡Lo sabía! –afirmó su padre.

–¿T.S.? –preguntó la madre de Jenny.

–T.S. –dijo Jenny Fields–. T.S. Garp. Ése es el nombre de mi bebé –y se quedó dormida.

El padre de Jenny estaba furioso.

–T.S. Garp –aulló–. ¿Qué clase de nombre es ése para un bebé?

–Es todo suyo –Jenny le dijo más tarde–. Es su propio apellido, todo suyo.

«Fue muy divertido ir a la escuela con semejante nombre», escribió Garp. «Los profesores me preguntaban qué significaban las iniciales. Al principio yo solía responder que sólo eran iniciales, pero no me creían. De modo que me veía obligado a decir: “Llame a mi madre. Ella se lo explicará”. La llamaban. Entonces, Jenny les cantaba cuatro frescas.»

Así ocupó su lugar en el mundo T.S. Garp: nacido de una buena enfermera con voluntad propia y la simiente de un artillero de torreta oval: su último disparo.